

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Jueves 24 de diciembre de 1857.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 923.

EDICION DE LA MAÑANA

MADRID 24 DE DICIEMBRE.

Mucho se ha debatido en la prensa la cuestión de disolución de las actuales Cortes, desde que subió al poder el gabinete Armero. Los periódicos progresistas, sin excepción, y algunos de los que se apellidan conservadores, han hecho heroicos esfuerzos para decidir al gobierno a dar aquel paso, presentando a su vista toda la serie de dificultades e inconvenientes que habrían de surgir de la conservación de las Cortes para el desenvolvimiento de la política que se atribuye al ministerio. El empeño de la prensa progresista ha llegado a tal punto, y con tanto calor se ha abogado por la disolución, y tanto interés se ha aparejado por la suerte del gabinete, suponiendo gravemente amenazado en su existencia si tenía la debilidad de presentarse ante el actual Parlamento, que ha habido momentos en que se ha podido creer que la situación nuevamente creada venía a representar, mas bien que los principios conservadores, las tendencias de la escuela progresista.

El decreto fijando para el 40 de enero próximo la apertura de las Cámaras, indicó cierto que los consejeros de la corona no querían la disolución, vino a desvanecer las ilusiones, a contrariar los deseos de los pseudo-ministeriales, y a convertir en abierta hostilidad la aparente adhesión de algunos órganos del progreso. ¿Qué significaba esta nueva actitud? Si no hubiera habido otras razones de alto interés político para aconsejar al gabinete la conservación de las Cortes actuales, el solo hecho que dejamos apuntado hubiera sido motivo suficiente para determinar al gobierno a reunir las Cortes. Esto es tan claro que no necesita que nos detengamos en su demostración.

Pero prescindiendo del interés político que tuviera el partido progresista en la disolución de las Cortes, y colocando la cuestión en el terreno a que sus órganos han pretendido llevarla, no vemos justificada la grave medida que se exigía del gobierno. ¿Cuáles son los argumentos que se han hecho en favor de la disolución? ¿Qué atendibles razones se han espuesto para demostrar la incompatibilidad entre la existencia de unas Cortes esencialmente conservadoras y un ministerio salido de las filas del partido conservador? Todo lo que se ha dicho y escrito en tal sentido puede reducirse a lo siguiente: «Las Cortes actuales apoyaron por una gran mayoría la política del ministerio Narvaiz-Nocedal; dieron su aprobación a los proyectos reaccionarios de aquel gabinete; decretaron la reforma de la Constitución de 1845, y autorizaron el planteamiento del proyecto de ley de imprenta del señor Nocedal. El ministerio Armero-Mon ha declarado que adopta como base de su desconocido sistema la Constitución de 1845 en toda su integridad; ha manifestado, por medio de sus órganos, que se propone seguir una marcha política liberal, expansiva y tolerante; que levantará la losa de plomo que hoy pesa sobre la prensa, mejorando sus condiciones actuales; y en fin, que romperá toda mancomunidad con el sistema de sus predecesores. Ahora bien: ¿puede esperar el gabinete Armero el apoyo de unas Cortes que, al aprobar sus planes, habrán de ponerse en contradicción consigo mismas? Pueden las actuales Cortes, sin menoscabo de su prestigio, adherirse a las tendencias políticas de este ministerio?»

Hé aquí las principales razones alegadas por los partidarios de la disolución en favor de sus ideas; razones que si, a primera vista, pueden deslumbrar a quien no las examine a fondo, no tienen, sin embargo, la fuerza que se las quiere atribuir. Las Cortes actuales apoyaron, es cierto, la marcha restrictiva del gabinete Narvaiz, vota-

ron la reforma y autorizaron el planteamiento del proyecto de ley de imprenta. Pero se olvida en qué condiciones se hallaba el país, y qué encadenamiento de circunstancias, en parte provocadas, independientemente de las Cortes, por el mismo gobierno, ejercieron una terrible presión sobre la mayoría del Congreso, é hicieron posible la adopción de tales medidas? Los representantes del país se vieron colocados en la durísima alternativa de negar al gobierno lo que este consideraba como absolutamente necesario para salvar altos intereses amenazados, ó de deferir a sus ruegos sacrificando una parte de sus convicciones en aras del bien público. No sabemos si aquel ministerio creía en su conciencia que la situación del país era tan alarmante, que exigía medidas de construcción y de fuerza para impedir un desbordamiento, ó si exajeró a sabiendas la gravedad de las circunstancias para llegar a la consecución de sus planes políticos; pero es lo cierto que repitió una y cien veces en el Senado y en el Congreso que sin la reforma y sin la ley de imprenta era imposible gobernar. Esta frase aterradoradora no podía menos de surtir efecto: la mayoría de las Cortes comprendió que se le pedían medios extraordinarios de resistencia para vencer circunstancias extraordinarias también, y al grito lanzado por el gobierno de *salvase el país*, respondió entregándole su confianza y agrupándose en torno del ministerio.

Dadas aquellas circunstancias, a las que vinieron a prestar cierto colorido de verdad los lamentables sucesos de Andalucía y otros acontecimientos menos trascendentes, la actitud de la mayoría se explica sin mucha violencia. Su conducta, dictada por consideraciones de patriotismo y de interés público, no es tan censurable como la del gobierno, que al parecer explotó estos nobles sentimientos en favor de sus imprudentes designios. Se pedía a las Cámaras, mas bien que un apoyo frío, razonado, hijo de la discusión y del convencimiento, a medidas derivadas de un sistema completo de gobierno, una adhesión ciega, momentánea, para robustecer al poder en una lucha imminente con los elementos trastornadores de la sociedad. Las Cortes se la prestaron, temerosas de echar sobre sí la responsabilidad de los males que pudieran ocurrir, pero lo hicieron con el carácter de interinidad que llevan en sí mismas todas las medidas de salvación, todos los actos de dictadura ministerial con que se reviste al gobierno en momentos críticos y decisivos para la suerte de las instituciones.

Véase, pues, cómo las Cortes actuales, libres de la presión que entonces se ejerció sobre ellas, colocadas en condiciones normales, atentas a la voz del sentimiento liberal más que al de la conveniencia, y con el triste desengaño que sufrieron al conocer que el ministerio Narvaiz-Nocedal había querido hacer un falso llamamiento a su patriotismo para lograr un apoyo que no habría conseguido por otros medios, pueden, sin desdoro y sin violencia, anular aquellos actos de la anterior situación que pugnan con los principios liberales conservadores que profesa, según nuestra creencia, la mayoría de sus individuos.

El gabinete Armero puede sin temor presentarse a las Cortes, seguro de que encontrará en ellas apoyo y mayoría, siempre que su política sea conforme con lo que exigen los intereses del país y los del partido conservador.

Por real decreto de 22 de diciembre publicado en la Gaceta de ayer, se concede al ministro de la Gobernación un crédito de 50,000 rs. como suplemento al capítulo 8.º, sección duodécima del presupuesto vigente del Estado, para cubrir

las obligaciones del material de las inspecciones de vigilancia y guardia urbana de esta corte.

En la sección oficial hallarán nuestros lectores un real orden del ministerio de Fomento relativo al ferrocarril de Jerez a Cádiz, disponiendo que se esté a lo resuelto en la de 22 de noviembre último, ampliando por los seis meses solicitados el término que se señaló para dar cumplimiento a lo prevenido a los directores de la compañía que en el suceso no funden sus instancias en suposiciones inexactas.

El doctor don Tomás Corral y Oña, rector de la universidad de Madrid y médico de cámara de S. M. la Reina, a quien estuvo confiado el cuidado de esta augusta Señora durante el alumbramiento de la misma, ha recibido de S. M. los títulos de marqués de San Gregorio y vizconde de Leiva, en conmemoración del día en que nació el príncipe de Asturias y del pueblo de la naturaleza del sabio profesor.

Ayer a las cinco de la mañana ha llegado a Madrid, de vuelta de su excursión al monasterio de Yuste, S. A. R. el duque de Montpensier. El príncipe, acompañado únicamente del señor marqués de Mirabel, de uno de sus gentiles hombres, el marqués de Moscoso, y de su secretario el señor don Luis Pérez, durmió el 16 en el palacio de Malpica en el pueblo de este nombre, el 17 en Talavera y el 18 en la dehesa de San Benito, propia del señor marqués de Mirabel, llegando a Yuste el 19. La tarde del 20 S. A. R. y su comitiva pasaron al pueblo de Cuacos, donde presenciaron una corrida de novillos, y en que el duque socorrió generosamente a un herido en esta diversión. Para volver a Madrid solo se ha detenido el duque en Talavera, donde las autoridades le tenían prevenido un almuerzo. En todos los pueblos del tránsito han hecho a S. A. R. la mas afectuosa acogida, y en todas partes el duque de Montpensier ha dejado señales de su benéfico corazón.

En La Epoca de anoche leemos lo siguiente: «Creemos no tiene fundamento la noticia que dan varios periódicos de que el señor marqués de Pidal no irá ya de embajador a Roma.»

Efectivamente, todos los que conozcan al señor marqués tendrán por seguro que si el gobierno no le declara cesante, no será él quien renuncie a las glorias y provechos de la embajada. ¡Pues no faltaba más!

Dice el mismo periódico:

«Hace días dió noticia la prensa de la supresión de la junta de clases pasivas, como una de las medidas que pensaba adoptar el gobierno de S. M. Ignorantes de sus planes, parécenos, sin embargo, que lo probable es reciba esta dependencia del Estado una nueva organización.»

Dudamos mucho sea exacto lo que desde Washington escriben a La Crónica, de que tanto Luis Napoleón como la Inglaterra habían declarado que Méjico tenía razón en exigir de España la admisión de Lafragua antes de aceptar la mediación anglo-francesa. Tenemos motivo para creer todo lo contrario.

De todas suertes, preciso es que al reunirse las Cortes presente el gobierno de S. M. algún resultado definitivo en esta cuestión que hiere todas las fibras del sentimiento nacional.

Copiamos de El Estado:

«La Correspondencia autógrafa, ocupándose del señor Bravo Murillo, candidato mas que probable a la presidencia del Congreso, dice que no es lógico hacer a este eminente hombre de estado bandera de oposición a un gobierno cuyo pensamiento político y económico es desconocido aun.»

Estas palabras de la Correspondencia comprometen

su ministerialismo, y hasta cierto punto el nuestro. ¿Cómo, pues, habremos de apoyar a un gobierno cuyo pensamiento permanece todavía encerrado en el misterio? ¿Quiere decir con esto la Correspondencia que después de todo, podría ser que el gobierno pensara en política lo mismo que el señor Bravo Murillo? Si no ha querido decir esto, pues sería inexacto en la evidencia de que el ministerio no piensa, ni como, ni contra el señor Bravo Murillo, ¿a qué lanzar un tiro tan fuerte de una oposición a un gabinete de quien, al parecer, viene siendo la Hoja ministerial de la primera fila? Cuando, pues, el hijo primogénito del ministerialismo dice que no es conocido aun el pensamiento de un gobierno que lleva dos meses de existencia, sobran ya todos los diarios de oposición: el mas cruelmente oposicionista es el primogénito del ministerialismo.

En virtud de real orden de 12 del actual, la compañía de explotación de los ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante, ha sido relevada de la obligación del transporte de las diligencias por el ferrocarril.

Así lo anuncia ayer uno de nuestros colegas.

Terminadas ya las oposiciones a la cátedra de historia general del comercio y elementos de derecho internacional mercantil, el tribunal de censura ha propuesto por unanimidad, en el primer lugar de la terna al doctor don Joaquín María Sanromá, catedrático de administración en la universidad de Santiago.

En la última sesión que celebró el jurado de la exposición agrícola, fueron despachados varios dictámenes referentes a ciertos artículos del mayor interés. Entre ellos podemos citar los que hacen referencia a los alcoholes y aguardientes, a los vinagres, a las resinas y breas, a las féculas y almidones, a las gomas, a las sustancias curtiembres y colorantes, a los abonos y algunos mas que todavía podrían citarse. Por ello se ve que la sesión fué bien aprovechada.

En la tesorería general de la deuda ingresaron en el mes de noviembre último por creaciones 31 543,276 reales 50 céntimos, y por conversiones 102.443,668 58.

Dicen de Bayona que una de las cuestiones en que se está ocupando con preferencia la comisión mista del arreglo de las fronteras hispano-francesas, es la de la libertad de la pesca entre los diversos pueblos situados a las dos orillas del Vidua; cuestión que, así como la de los pastos en las fronteras de tierra, está dando lugar todos los días a mil disputas, reclamaciones y reyertas.

El 9 fueron abiertas de nuevo las Cortes portuguesas. No hubo sesión regía. El conde de Labrada ha sido nombrado presidente de la cámara de los pares en reemplazo del cardinal patriarca, que falleció durante la epidemia. Esta ha desaparecido casi por completo de la corte de Portugal.

De las Hojas autógrafas trasladamos los siguientes párrafos:

«Hoy se agita mucho en todos los círculos políticos la cuestión de presidente del Congreso. Mientras los oposicionistas aseguran que cuentan con la aquiescencia del señor Bravo Murillo para presentarlo como candidato, otros amigos de este no han asegurado, y no contamos con repetirlo, que el señor Bravo Murillo no se encuentra dispuesto a presentarse como candidato de la oposición desde el primer momento, sin que los actos del ministerio le marquen la línea de conducta que ha de seguir. El ministerio parece que no ha revelado aun a nadie la persona que tiene sus simpatías para la presidencia del Congreso; y es mas: creemos que aun no la tiene elegida.

—Pero yo te amo, Leana, te amo tanto como se puede amar, compadéceme Leana y no me censures.

—¡Gracias! gracias, Gastón por esas buenas palabras; no es verdad que me juras no volver a verla?

—Eres una niña. ¿Crees que voy a volver a verla? Seré lo que quieras; pero no lo ruego de rodillas en cambio de tanto como he padecido.

—¿Dónde quieres que pueda verla?

—No sé, pero hacéme ese juramento.

—Este juramento, —dijo Gastón vacilando.

—Ya sabes que es sagrado, por mi padre moribundo, por vuestra alma, por vuestra madre, y sería un sacrilegio faltar a él.

—Escuchame, Leana, —dijo con voz trémula.

—Juradme, —juradme... Ya veis que vacilais.

—No puedo hacer semejante juramento.

—¿Por qué?

—Porque la vereis; porque la amais, ¿no es eso?

—No..., no..., —balbuceó Gastón.

Quiso salir, pero Leana, que continuaba delante de la puerta, repuso con acento desgarrador:

—¡Por qué la amais!... ¡Pero por qué amais a esa mujer? ¿Qué ha hecho para tener así vuestro corazón?

—¿Qué he hecho yo para que jamás me hayais amado?

—Leana, ¿olvidais que vuestro padre nos está esperando?

—No; he dejado una persona a su lado.

Tomó un brazo de Gastón, y sacudiéndolo con energía:

—Pero decidme, —repuso con voz sorda, —decidme, ¿por qué la amais? ¿Es acaso porque os ha perdido, porque se ha burlado de vos, porque ni aun ha vuelto

—Por efecto de la desgracia de familia que todos ya saben, el presidente del Consejo de ministros ha cesado momentáneamente de ocuparse en los negocios. El señor Martínez de la Rosa es quien estos días hace sus veces cerca de S. M. la Reina. Desde hoy los consejos de ministros tendrán lugar en el ministerio de Hacienda.

—Ayer por la mañana llegó a Madrid Lord-Howden, ministro plenipotenciario de Inglaterra en esta corte. Se confirma que Inglaterra desea activar la conclusión del tratado postal que tiene pendiente con España, y que hasta ahora no ha podido terminarse por estar aun pendiente la cuestión de tránsito con Francia.

—Tan luego como circuló la noticia del accidente ocurrido el domingo a la infanta doña Josefa, acudieron a visitarla S. M. el rey, la infanta doña Cristina, el infante don Francisco y muchas personas notables: ayer, aunque no ofrecía ningún cuidado el estado de la infanta, que tan milagrosamente ha salido casi ileso de este peligro, estuvo durante todo el día muy concurrida la residencia que ocupa.

—Hoy recibimos noticias de la Habana que alcanzan al 25 de noviembre. El depósito de azúcar era de 142,000 cajas. Los precios habían bajado, pero no eran fijos. Cambio sobre Londres 10 1/2 a 11 por 100 de premio. No había demanda de flotes para buques de gran capacidad. Los que podían conducir de 600 a 2,000 cajas para Europa habían sido ajustados de 2 libras 5 chelines, a 2 libras 15.

—El telegrafo nos ha trasmitido hoy una noticia de funesta y terrible importancia. Un temblor de tierra horroroso ha causado grandes estragos en una parte del reino de Nápoles. Las víctimas se cuentan por miles. Nápoles ha sufrido tres sacudimientos, pero sin que haya tenido que experimentar desgracia alguna.

La Iberia dice que han vuelto a circular rumores de crisis, y añade:

«La crisis se presentó ayer como un fantasma, sin que nadie supiese para qué ni por qué venía. El gobierno no había aun presentado su programa, ni celebrado el tan anunciado consejo, donde piensa exponer sus principios. ¿Cuál podía ser el origen de la desavenencia ministerial? Se ignora. En el mundo político no hay sueño tranquilo: la crisis es la pesadilla de los hombres que dirigen hoy los negocios públicos; ella les estrecha, les ahoga, se les enreda y les aniquila, esto sin la menor duda.»

No ha habido nunca en España ministerio que menos hable y que más dé que hablar. Se habla de su inercia, de su silencio, de sus pujos de liberalismo y de sus tendencias estacionarias; hoy se murmura acerca de él en un sentido y mañana en otro; tan pronto le creen suyo los vicalvaristas como los neo-estilios; es un ministerio crepusculo que no es día ni noche, ni luz ni sombra, ni nada.

¿Cambiará de esencia y forma cuando se habrán las Cortes? No lo esperamos. Los señores Martínez de la Rosa y Mon padecen una indecisión contagiosa incurable, y el ministerio tiene ya, como quien dice, la enfermedad dentro de casa. Ahora disculpa su inercia con la clausura de las Cortes. Mañana disculpará su irresolución con la oposición parlamentaria. Sin duda el gabinete no quiere andar por el temor de dar un tropiezo; pero quedándose parado, ¿evitará acaso que tropiezen en él? ¿Se cree con fuerzas para resistir el choque?

Ya vemos que el gobierno no se desuena en la cuestión política, como que no hace nada; sin embargo, en otros asuntos, camina con una rapidez que asombra. Y si no, ahí está la cuestión de Méjico lo mismo que cuando la dejó el señor marqués de Pidal, que según se dice, ya no va a Roma.

¿Cómo que no va a Roma? Preguntarán nuestros lectores. ¿Ha reñido acaso con su cuñado? Nada de eso. S. E. quiere defender en las Cortes su conducta como ministro, con el fin tal vez de arrepiñarse, según sus antiguas prácticas. ¿Si le veremos todavía llorar?

El señor Bravo Murillo será candidato de la oposición para la presidencia de las Cortes. Anoche se daba por segura esta noticia.

Las Hojas autógrafas dicen, que aun no ha sido escrito el discurso de la Corona. Lo creemos. Hasta que el ministerio se despierte no podrá hacer nada, a no ser que esté sujeto a la influencia del sonambulismo.

Acercóse a Gastón con los ojos secos y ardientes, con una expresión extraña, y le dijo: «¡Es horrible! la tempestad que acabas de escitar en mi corazón! jamás he sentido cosa semejante.»

—Leana, —repuso dulcemente Gastón, —ese amor de que os he hablado es una locura como vuestro dolor... un sueño del delirio... nada mas.

Pero la joven retiró las dos manos que le había cogido.

—¡Vos tenéis la culpa, —dijo—, vos habéis abierto mi herida; vos habéis hecho que vuelva a sentir todos los horrores, todas las amarguras, todos los dolores que me habéis causado; brote la sangre de mi herida, y caiga sobre ella aunque para ello sea preciso que os cubra también a vos.

No respondió Gastón y se dirigió hacia la joven; ya tocaba en el umbral de la puerta, cuando Leana se arrojó a él.

—Os marchais sin escucharme, para ir a la habitación de mi padre a buscar esos papeles y con ellos ir corriendo a su lado!... ¡Miradme cara a cara si os atreveis!... ¿No veis que estoy loca? ¿no sabéis que tengo celos? Esos papeles que tiene mi padre y que tanto deseais... si yo hablo, los quemaré... (Se continuará.)

FOLLETIN.

GERONIMO RUDEIX,

EL BARON DE BAZANCOURT.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

—¡Inés! —repitió la joven, y se puso horriblemente pálida.

—Gastón no había oído aquel nombre tan dolorosamente pronunciado por Leana, ni había visto la palidez de su rostro.

—¡Esos papeles, esos papeles! ¿dónde están?

—Mi padre los tiene.

—¡Voy corriendo a buscarlos.

Leana se había puesto delante de la puerta.

—Gastón, —dijo—, ¿cómo tan feliz que no veis mis horribles padecimientos?

—¡Tú! Leana.

—Habeis pronunciado un nombre que me ha deshecho el alma.

—¡Yo!

—Gastón, Gastón! ¿no habéis sido jamás amado? ¡tan ingrato os hace la felicidad!... Hace poco deciais que toda vuestra alegría estaba en la pobre joven que

os entregó su vida y su alma... que erais feliz... y ahora de repente vuestros labios han pronunciado otro nombre, y es el suyo...

—¿El suyo? —preguntó Gastón con asombro.

—Sí, el suyo; ese nombre que me ha llegado al corazón; el nombre de Inés.

—Estais loca, Leana.

—¡No, lo que estoy es celosa, sí celosa!... Esa mujer ha fatigado de mi vida y de la vuestra. Esa mujer hará que yo sea mala, después de haberme hecho poder tanto.

—Leana, —dijo Gastón, —le engañais; yo no amo a esa mujer; ¿cómo podría amarla el pobre mercedario? ¿Cómo no podríamos estarle reconocidos después de haberlos salvado la vida a los tres? Hoy mismo cuando he ido me ha ofrecido un bolsillo de dinero para nosotros.

—Que habéis reusado, ¿no es verdad?

—Sí... sí, he rehusado ese dinero.

Y añadió dando un beso a Leana en la frente.

—No estéis inquieta ni envidiosa el día mas hermoso de mi vida.

—Me engañais; —dijo la joven después de un momento de silencio fijando su vista en Gastón.

—¡Todavía!

—Sí, me engañais; lo copoxeo y es muy mal hecho después de haberlo dado toda mi alma, toda mi vida. Jamás os he hablado de esa mujer, Gastón, porque os he visto desgraciado. Pero bien sabía yo que la habéis amado, que tal vez la amais todavía, y que por ella despreciabais mis lágrimas y mi amor... Por ella daiséis orden a vuestro escudero para que me echase

de vuestra casa; por ella me abandonasteis enviándome dinero como a una mujer perdida.

Era la primera vez que la joven hablaba de aquel modo, así que Gastón quedó confundido.

Leana continuó:

—Sí, sí, —dijo—, por ella no me habéis amado jamás. No habéis sido vos, Gastón, quien habéis venido a mí; ha sido la desgracia la que os ha arrojado con los desgraciados. Os extraña el oírme hablar así, y eso consiste en que no sabéis cuánto he padecido en ocultaros mis lágrimas, mi dolor, mis celos... sí, mis celos... Ahora olvidais a mi padre moribundo y a mi por ella.

—No sé que deciros, Leana; —repuso Gastón, —ni comprendo de dónde proceden semejantes pensamientos.

—Os creo, Gastón, —dijo de repente Leana; —vos no amais a esa mujer, la habéis olvidado; pero antes de salir de aquí os ruego de rodillas que me juréis no volver a hablarla, juradme, Gastón, juradme por mi padre moribundo, por mi vida, por vuestra alma, por el recuerdo de vuestra madre, y jamás me oiréis una queja; que salgáis a este, mi corazón estará tranquilo, no padeceré como he padecido, y os amaré como os he amado.

Tenía Leana al hablar de aquella manera una voz tan dulce y se pintaba en ella de tal modo la desolación de su corazón, que Gastón no pudo menos de conmovérsele.

—No habéis así, Leana, —le dijo; —con esa voz tan triste que me hace mucho daño.

Y era cierto; las palabras de Leana habían hecho mella en el alma de Gastón.

—Amadme aunque sea poco.

